



La soberbia es el peor de todos los vicios y pecados. En realidad, todo pecado tiene una raíz de soberbia. Todos tenemos "pensamientos de orgullo", aunque pueden ser de distinta gravedad: desde muy imperceptibles y leves, hasta muy graves. Por tanto, podemos distinguir una doble soberbia: grave y menos grave, que los autores orientales identifican con dos vicios similares y, sin embargo, diversos: la vanidad (soberbia leve) y la soberbia propiamente dicha.

En ambos casos nos atribuimos algún bien y, por eso, queremos ser estimados, aun cuando, con frecuencia, no sea mérito nuestro. Buscamos la gloria. Pero esta gloria puede ser seria o "vana": es decir, podemos presumir de algo que es digno de admiración o pretendemos ser alabados por las pequeñas cosas, ridículas y vanas.

La única cosa que merece la gloria es la gracia, la participación en la vida de Dios. Y esto es siempre un don de Dios inmerecido.

Hablemos, pues, en primer lugar de la soberbia y después de la vanidad

### LA SOBERBIA (6.3.24)

El pecado de la soberbia es el "último demonio" que ataca a los que se han liberado de los siete precedentes. Y es más fuerte que todos ellos. Sugiere a la conciencia la superioridad sobre el prójimo a causa de las propias buenas obras, del conocimiento teológico, de la vocación al estado religioso, etc.

Los antiguos griegos lo definían con una palabra que podría traducirse como "esplendor excesivo". En realidad, la soberbia es la auto-exaltación, el engrimiento, la vanidad.

La imagen clásica de la soberbia es la del fariseo que reza: "¡Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás, ladrones, injustos, adúlteros, y ni siquiera como este publicano!" (Lc 18,11). El hombre orgulloso exige la admiración y veneración de aquello que, sin méritos, ha recibido de Dios y, por esto, se considera mejor que los demás.

El soberbio es aquel que cree ser mucho más de lo que es en realidad; aquel que se estremece por ser reconocido como superior a los demás, siempre quiere ver reconocidos sus propios méritos y desprecia a los demás considerándolos inferiores.

Analizando las locuras del hombre, los monjes de la antigüedad reconocían un cierto orden en la secuencia de los males: se empieza por los pecados más groseros, como la gula, y se llega a los monstruos más inquietantes. De todos los vicios, la soberbia es la gran reina. No es casualidad que, en la Divina Comedia, **Dante** lo sitúe en el primer círculo del purgatorio: quien cede a este vicio está lejos de Dios, y la enmienda de este mal requiere tiempo y esfuerzo, más que cualquier otra batalla a la que esté llamado el cristiano.

En realidad, en este mal se esconde el **pecado radical**, la absurda pretensión de ser como Dios. El pecado de primeros padres, relatado en el libro del Génesis, es a todos los efectos un pecado de soberbia.

El tentador les dice: «...Dios sabe muy bien que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos; entonces seréis como dioses» (Gen 3,5).

Sus consecuencias en la vida cotidiana son nefastas porque termina arruinando las relaciones humanas, puesto que este mal envenena el sentimiento de fraternidad que, en cambio, debería unir a los hombres.

### SÍNTOMAS

Podemos enumerar la lista de síntomas que revelan que una persona ha sucumbido al vicio de la soberbia. Es un mal con un aspecto físico evidente: el hombre orgulloso es altivo, tiene una "dura cerviz", es decir, tiene el cuello rígido que no se dobla. Es un hombre que con facilidad juzga despreciativamente: por una nadería, emite juicios irrevocables sobre los demás, que le parecen irremediamente ineptos e incapaces. En su arrogancia, olvida que Jesús en los Evangelios nos dio muy pocos preceptos morales, pero en uno de ellos fue inflexible: no juzgar nunca.

Te das cuenta de que estás tratando con una persona orgullosa cuando, si le haces una pequeña crítica constructiva, o un comentario totalmente inofensivo, reacciona de forma exagerada, como si alguien hubiera ofendido su majestad: monta en cólera, grita, rompe relaciones con los demás de forma resentida.

### ¿TIENE TRATAMIENTO?

Poco se puede hacer con una persona enferma de soberbia. Es imposible hablar con ella, y mucho

menos corregirla, porque en el fondo ya no está presente a sí misma. Sólo hay que tenerle paciencia, porque un día, antes o después, su edificio se derrumbará. Un proverbio italiano dice: "La soberbia va a caballo y vuelve a pie".

En los Evangelios, Jesús trata con muchas personas orgullosas, y a menudo fue a desenterrar este vicio incluso en personas que lo ocultaban muy bien. Pedro alardea al máximo su fidelidad: "Aunque todos te abandonen, yo no lo haré" (cf. Mt 26,33). Sin embargo, pronto experimentará que es como los demás, también él temeroso ante la muerte que no imaginaba que pudiera estar tan cerca. Y así, el segundo Pedro, el que ya no levanta el mentón, sino que llora lágrimas saladas, será medicado por Jesús y será por fin apto para soportar el peso de la Iglesia. Antes ostentaba una presunción de la que era mejor no hacer alarde; ahora, en cambio, es un discípulo fiel al que, como dice una parábola, el amo "hará administrador de todos sus bienes" (Lc 12,44).

La curación de la soberbia, y por tanto la salvación, pasa por la **humildad**, verdadero remedio para todo acto de soberbia. En el Magnificat María canta a Dios que dispersa con su poder a los soberbios en los pensamientos enfermos de sus corazones. Es inútil robarle algo a Dios, como esperan hacer los soberbios, porque al final Él quiere regalarnos todo. Por eso el Apóstol Santiago, a su comunidad herida por luchas intestinas originadas en el orgullo, escribe: «Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da su gracia» (St 4,6).



Y llegamos al segundo vicio del que hablamos hoy: *la vanagloria*. Como se ha dicho ya, se trata de un vicio mucho menor que la soberbia. Viene a ser una autoestima inflada y sin fundamentos. Es en realidad una enfermedad del yo humano, una enfermedad infantil en comparación con los estragos que puede causar la soberbia.

El vanaglorioso posee un "yo" dominante: carece de empatía y no se da cuenta de que hay otras personas en el mundo además de él. Sus relaciones son siempre instrumentales, marcadas por la prepotencia hacia el otro. Su persona, sus logros, sus éxitos, deben ser mostrados a todo el mundo: es un perpetuo mendigo de atención.

Es como la soberbia de las cosas pequeñas... Hay quien se deja admirar por su peinado, su bonita voz, su inteligencia, su origen noble... San Francisco de Sales dice que a pesar de ser una "pasioncilla" ridícula, tiene una larga vida: "muere sólo media hora después de la muerte del hombre". Hasta el último respiro estamos ligados al respeto humano.

En su estado más evolucionado, la vanidad conduce a la falta de sinceridad, a la mentira, suscita luchas, hace derrochar el dinero. En este caso se llama **respeto humano**, pero en su peor sentido: a costa de no perder la admiración, la gente comete vicios y, para ser alabados por los pecadores, llega a cometer pecados (por ejemplo, consiente en ser cobarde, con tal de parecer valiente).

Cuando al vanidoso no se le reconocen sus cualidades a veces llega a enfadarse ferozmente. Los demás son injustos, no comprenden, no están a la altura.

En sus escritos, Evagrio Póntico describe el amargo asunto de algún monje afectado por la vanagloria. A veces -dicesucedee que, tras sus primeros éxitos en la vida espiritual, siente que ya ha llegado a la meta, y por eso se lanza al mundo para recibir sus alabanzas. Pero no se apercibe de que sólo está al principio del camino espiritual, y de que lo acecha una tentación que pronto le hará caer.

Jesús en el evangelio ya nos previene de esto. Los que actúan para que los vea la gente "ya han recibido su paga". Mientras que el que actúa para el Padre "que ve en lo escondido", su Padre "le pagará" (Mt 6,5ss).

Cuando el demonio de la vanidad va de la mano con el demonio de la envidia, aparece la persona que aspira a ser el centro del mundo, con desmedido afán de explotar todo y a todos, persiguiendo ser objeto de toda alabanza y amor.

### MEDIOS PARA CURARLA

Para curar al vanidoso, los maestros espirituales no sugieren muchos remedios. Porque, después de todo, el mal de la vanidad tiene su remedio en sí mismo: las alabanzas que el vanidoso esperaba cosechar en el mundo pronto se volverán contra él. Y ¡cuántas personas, engañadas por una falsa imagen de sí mismas, cayeron más tarde en pecados de los que pronto se avergonzarían!

La instrucción más hermosa para superar la vanagloria se encuentra en el testimonio de San Pablo. El Apóstol se enfrentó siempre a un defecto que nunca pudo superar. Tres veces pidió al Señor que le librara de aquel tormento, pero al final Jesús le respondió: «*Te basta mi gracia; mi fuerza se realiza en la debilidad*». Desde ese día, Pablo fue liberado. Y su conclusión debería ser también la nuestra: «*Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo*» (2 Cor 12,9).

Se dice que la soberbia precede al pecado: EL soberbio fácilmente cae en pecado. El teólogo ensoberbecido por sus conocimientos, por ejemplo, al final profesa errores: la autosuficiencia del propio juicio es, según Teodoreto de Ciro, la enfermedad más grave de los intelectuales que han perdido la humildad. "Éstos desprecian toda iniciativa y consejos de los otros. Y su dicho preferido es: o se hace como yo quiero, o me niego a colaborar".

A propósito de la soberbia, San Ignacio de Loyola en el libro de los Ejercicios espirituales, en la meditación de las Dos Banderas, nos habla del peligro de la soberbia y nos previene para luchar contra ella. Propone los dos estilos de actuar en y con las almas, el de Dios y el del diablo.

#### A. Cómo actúa el mal espíritu:

El Mal espíritu, para tentar a los hombres, procede con una *estrategia sutil*, que tiene tres escalones enmascarados con buenas causas:

**1º. Codicia de riquezas.** Trata de meter en el corazón un gran amor al dinero, un afán de poseer, tal vez de cosas pequeñas, muchas veces superfluas, pero que terminan atenazando el corazón. Es muy fácil en la sociedad de consumo. Es la codicia de los bienes de la tierra (comodidad, independencia, tener cosas, cualidades humanas,...

**2º. Vano honor del mundo.** En segundo lugar, y como consecuencia, el demonio tentará a esa alma para que sea vanidosa, que dé mucha importancia al qué dirán, a la vanagloria... Que tenga preocupación por la imagen, que se rinda ante los halagos. Que esté más preocupada por el qué dirán, que de la fidelidad a lo que debe hacer, a lo que Dios quiere que haga.

**3º. Crecida soberbia.** Y por fin, el tercer momento. Con un fácil empujón el demonio lanza al vanidoso a la soberbia: sentirse con derecho de propiedad de sus criterios, de su forma de ver la vida, de sus valoraciones... se enquistaba en sus seguridades. Termina endiosándose: un corazón soberbio está como endemoniado.

#### B. Cómo actúa el Señor, el Sumo Capitán

El camino que propone tiene también tres escalones:

**1º.** Invita en primer lugar a vivir **suma Pobreza espiritual**, que es la que debe vivir cualquier cristiano, aunque sea rico: se debe usar las cosas y cualidades como si no fuesen propias, con conciencia de administradores, al servicio de los demás. Pero si Él lo quiere, **pobreza actual**, es decir la pobreza de hecho, el no tener. Jesús nos muestra un camino de desprendimiento, de liberación frente a las cosas.

**2º.** En segundo lugar nos presenta aprovechar, incluso desear, pedir, **humillaciones**. "Deseos de oprobios y menosprecios", dice el Santo. Es un punto difícil de entender, que lo entienden bien los santos: los que vive con pasión el Reino. "Pero todo lo puedo en aquel que me conforta" (I Cor 4). Este escalón es imprescindible para avanzar hasta verdadera humildad.

**3º. Verdadera humildad.** Consiste en el reconocimiento sereno y gozoso de nuestra verdad frágil y de Dios, como roca de mi vida. Y de este último escalón se siguen todas las demás virtudes. Sólo la vida verdadera engendra humildad. "Te doy gracias, Padre, porque estas cosas..."

No queremos la riqueza porque sólo Dios es nuestra riqueza. Y no pedimos estas virtudes porque sean virtudes sólidas, la pobreza por la pobreza, sino porque las vivió Él, son camino para ser Él.